

Pasión por la lectura

Comentarios y reseñas
bibliográficas, ensayos, cuentos
y otras finuras para el alma

Por: Maestro Fernando Soto Aparicio*

A continuación la Revista Educación y
Desarrollo Social presenta comentarios
y reseñas de algunos de los libros más
vendidos del momento.



* Escritor, libretista y *Honoris Causa* de varias universidades nacionales e internacionales. Profesor del Departamento de Educación y Humanidades, Universidad Militar Nueva Granada.
revista.educacion@umng.edu.co

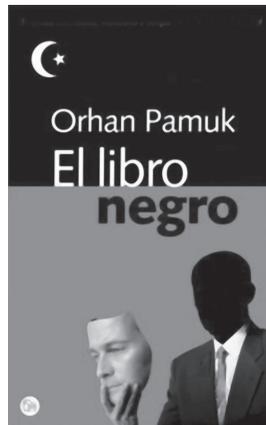
EL NOBEL TURCO “EL LIBRO NEGRO”

Alfaguara, 578 pgs

Este joven vive entre dos mundos: el occidente de aparentes libertades, y el oriente de aparente respeto a las tradiciones. Aparentes los dos, porque la libertad en occidente y las tradiciones en oriente están atropelladas y han ido convirtiéndose en palabras sin sentido, en vocablos que no tienen respaldo en la vida real y cotidiana. Las democracias occidentales y los totalitarismos orientales son apenas colchas de retazos en uno y otro aspecto; y el ser humano, que debería ser el centro del mundo, es el gran sacrificado, el eterno ignorado, el desplazado de todas las latitudes de la tierra.

Pamuk se vio enfrentado al gobierno turco por haber dicho en un reportaje: “Un millón de armenios y treinta mil kurdos fueron asesinados en estas tierras”. Y lo dijo sabiendo sin duda que la verdad encarna un enorme peligro en una sociedad donde todo se tapa, donde el “perdón y olvido” es una constante de los gobiernos de cualquier latitud. Y claro, le cayeron encima las reprimendas de su país, estuvo a punto de ser enjuiciado y encarcelado, y ese atropello de las autoridades turcas contra la libertad de un escritor lo lanzó a la fama, en una carrera que lo llevó al Nobel, ese premio que en raras ocasiones se da por verdadera calidad literaria, y que por lo general obedece a intereses y puntos de vista raciales, geográficos, políticos, etc.

Los señores de la Academia sueca tal vez quisieron defender la libertad de expresión a



que tienen derecho los creadores, y le dieron un golpe a la mandíbula al Estado turco. En todo caso este premio, que sigue siendo polémico y que así como se le ha concedido a escritores brillantes también se les ha otorgado a unos mediocres a los que hoy casi no recuerda nadie, reconoce en Pamuk el valor asumido al enfrentar a su gobierno, untado de sangre como casi todos desde la prehistoria, porque las disidencias no se arreglan con palabras y razones sino con asesinatos y torturas; y eso sucede y ha sucedido en los cuatro puntos cardinales.

Pamuk, hablando de la creación literaria, dice cosas muy ciertas: “La pintura y la escritura son dos profesiones de hombres que prefieren estar solos”; y añade: “El trabajo de un hombre solitario fue una escogencia deliberada de mi parte”. Y lo dice convencido y seguro, porque en realidad el proceso de la creación de un libro de ficción requiere de la soledad consciente y elegida como una opción, para poderlo escribir, corregir, padecer y gozar. Y con sus años, que son relativamente pocos (el Nobel, por tradición, casi siempre se otorga en artículo mortis) tendremos Pamuk para rato.

EL LIBRO NEGRO es una novela extensa (apretadas 578 páginas) y compleja. No es la historia de Galip, abogado, que una vez abandonado por su mujer en una carta de 19 palabras que nunca conocerá el lector, se dedica

a buscarla; tampoco es la historia de Ruya, la esposa desaparecida, y mucho menos la de Celal Bey, medio hermano de Ruya, periodista y combativo. El libro tiene gran cantidad de historias paralelas, menores y mayores, porque su esencia real (si alguna tiene) es la profesión de periodista que ejerce Celal, y sus artículos, que aparecen publicados diariamente en uno de los periódicos de mayor circulación en Estambul.

Pero aunque Celal es el personaje central del libro, en verdad no existe y puede ser cualquiera. Nunca aparece; va de una vivienda a otra sin que puedan encontrarlo en ninguna; no se consigue por teléfono; no concurre al periódico; es una figura inasible, que jamás logramos conocer. Pero su influencia es tal que, al final, Galip acaba siendo Celal,

escribiendo como él, reemplazándolo, ocupando su espacio existencial y haciéndose inclusive dueño de sus recuerdos, de su personalidad y de su estilo.

Como novela, “El libro negro” es bien difícil de leer. Un lector corriente se pierde, tiene que devolverse páginas y páginas y releerlas para poder ubicarse en ese extraño mundo de las calles, los barrios y los parques de Estambul, que es no sólo una de las ciudades más bellas y populosas del mundo, sino que está ligada a la memoria de todos (orientales y occidentales) a través de la literatura.

Difícil como lectura “El libro negro”. Pero, quizás por eso mismo, fascinante. Leerla, implica un desafío. Pero al terminarla, todo lector acepta que está frente a una estupenda novela.

UN ESCRITOR PERSEVERANTE “EL OLVIDO QUE SEREMOS”

Bogotá: Planeta. 274 p.

Conocí a Héctor Abad Faciolince cuando coincidimos como jurados en uno de esos concursos literarios que patrocinaba la Cámara de Comercio de Medellín, y que le fueron dejando al país un buen número de libros importantes y de autores nuevos. En esa ocasión, el premio recayó sobre una novela titulada “Un beso de Dick”, y en este momento la memoria me juega la mala pasada de escamotearme el nombre del autor, un muchacho bastante joven que se atrevió a



escribir sobre el mundo de la homosexualidad en los colegios masculinos. Héctor, que apenas había publicado unos pocos libros y numerosos artículos en periódicos y revistas del país y sobre todo de Italia, donde había vivido varios años, me pareció una persona cálida, conocedora del oficio de la literatura; y supe que de su pluma iban a salir obras que, andando el tiempo, cambiarían el panorama de la literatura hispanoamericana.

Ahora, Héctor ha publicado, que me acuerde, cuatro novelas muy difundidas y traducidas: ANGOSTA, ASUNTOS DE UN HIDALGO DISOLUTO, FRAGMENTOS DE AMOR FURTIVO, y BASURA. También libros de cuentos y de viajes, y una obra “de género incierto”, pero de hermoso nombre y contenido: “Tratado de culinaria para mujeres tristes”.

No he vuelto a coincidir con Héctor en alguna actividad literaria; lo leo con interés en sus artículos de la revista SEMANA, donde toca diversos temas siempre con una gran altura de conceptos, con un acento personal muy metido dentro de las realidades del mundo contemporáneo. Me alegra saber que sigue en este trabajo de escribir, ya que, como dijo Isaías Peña, escribir es como respirar. Y Héctor no sólo respira a través de sus libros, sino que nos permite respirar gracias a ellos a sus lectores: respirar un aire de esperanza, que sigue terca y afortunadamente circundando a este país, casi como un resplandor, que no han podido apagar los emisores y los mensajeros del odio.

UNA DECLARACIÓN DE AMOR

“El olvido que seremos”, es un libro de amor. No sólo el amor inmenso de Héctor Abad Faciolince por su padre, el doctor Héctor Abad Gómez, sino del autor por su país, por su circunstancia, por todo lo que fuimos, lo que somos y lo que podremos ser, pese a las tragedias y a la presencia de la muerte, que no tiene la culpa de ir segando espigas si para eso la convocan. Hay en estas páginas entrañables esa nostalgia de buena ley de quien va levantando los recuerdos caídos y

volviéndolos a incorporar al territorio de la memoria; esa familia de Héctor, que aparece retratada de cuerpo entero, es arquetipo de las familias patriarcales de Antioquia, apegadas a la tierra, conscientes de los valores tradicionales, ligada al pasado pero no por esto limitada para los avances y para incorporarse en el río presuroso del progreso. Las costumbres, los lazos de parentesco, las reuniones, los problemas, sus soluciones, están mostradas de una manera cálida, afectuosa, profundamente nuestra. No hay una nota falsa, no hay una lamentación baldía: las cosas están tasadas en su justa medida y dichas en su preciso momento.

En contra de lo que podría pensarse, el libro no es una acusación contra los asesinos del doctor Abad, abanderado de los pobres, médico de cuerpos y de almas, patriarca en el mejor sentido del término: tal vez no hay espacio para el odio porque todo el espacio lo ocupa, afortunadamente, el amor.

Ese viejo profesor, empecinado en la defensa de los “humillados y ofendidos”, generoso hasta el máximo, llena todas las páginas con una presencia tangible; lo sentimos tan cerca de nuestro afecto que es imposible no compartir con Héctor el amor que siente por él.

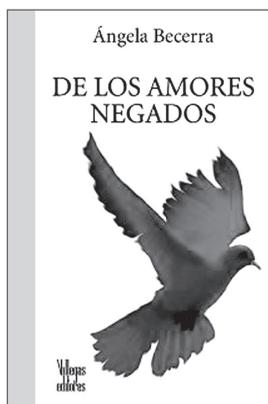
Para mi gusto personal, hay un capítulo de antología, sobre las exageraciones de la religión católica y su presencia frente al sufrimiento: es el Capítulo 18, que merecería figurar en todas las antologías del humor negro, sobre ese tema religión--sufrimiento, que sigue siendo la materia prima con que muchos curas alfombran de puntillas el camino al cielo.

UNA SEÑORA ESCRITORA “DE LOS AMORES NEGADOS”.

Villegas Editores, 480 pgs.

Ángela Becerra, nacida en Cali en 1.957, se destacó durante años en el campo de la publicidad, como directora creativa de importantes agencias del género. En el año 88 llegó a Barcelona, y disfrutó largamente de éxito en el campo de las promociones publicitarias, acercándose a los diferentes medios como el periodismo, la televisión y el cine. Pero de repente, en el año 2000, decidió cambiar de manera radical el rumbo de su vida, y se dedicó a escribir. Publicó un bello libro de poemas, “Alma abierta”, y desembocó en la novela, campo en el cual ha cosechado grandes satisfacciones, como quiera que sus tres obras publicadas hasta la fecha, han tenido una demanda masiva, y congregan a un número de lectores cada vez más amplio.

No resulta fácil, en el campo de la creación novelística, tener tres éxitos seguidos, y mantenerlos a través de los meses y los años. Y esto es lo que ha logrado Ángela Becerra, empezando con “De los amores negados”, y continuando con El penúltimo sueño”, y con “Lo que le falta al tiempo”. Tal vez lo que la mantiene en esa primera línea, es su autenticidad, el calor con que narra sus historias, la forma convincente como crea sus `personajes, la capacidad de llevar al lector de la mano por situaciones, conflictos y paisajes. Y esa juventud de la autora, y la persistencia con que escribe, hacen esperar



de ella una serie de libros que ya son patrimonio de la bibliografía colombiana, y que sitúan a Ángela en un lugar destacado dentro de nuestro movimiento narrativo de este siglo.

AMORES Y DESAMORES

Fiamma dei Fiori es –como su nombre- una llama; ilumina, atraviesa las páginas de esta

novela como un fuego de ocre y de naranja que huele a azahar y a cáscara de limón; desde su consultorio donde oye las historias y los sufrimientos y las frustraciones de otras mujeres, hasta ese refugio agreste a donde no llegan sino las cabras y la muerte; desde que la conocemos hasta que se apaga frente a su máxima escultura, Fiamma es mujer por encima de todo: una gran mujer.

Y con ella, los otros tres personajes principales tienen también una vida excepcionalmente rica: Martín Amador, primero periodista y luego poeta de grandes resonancias y pocos reconocimientos personales; Estrella, que luego de un matrimonio doloroso y terrible despierta a la pasión y a la vida; y David Piedra, el de las esculturas que muestran la tristeza femenina, y que al final se derrumba, cuando el lector quizás esperaba que siguiera brillando como Fiamma, son figuras recias, vivas, actuantes. Y si a esos seres humanos tan cálidamente reales, se le añade la magia de los

paisajes, ya tenemos cómo explicar el éxito del libro. Porque unos van a parar a la Toscana y a desvelar todos los misterios de Italia, y los otros van a la India, o a los monasterios cercanos al Tibet, siempre buscándole a la vida una razón, tratando de encontrar un camino, tal vez deseando una explicación que quizás solamente logrará encontrarse en la paz interior, en el sosiego del alma. Por todo eso, esta es una muy buena novela, que vale la pena leer, con dedicación y deleite.

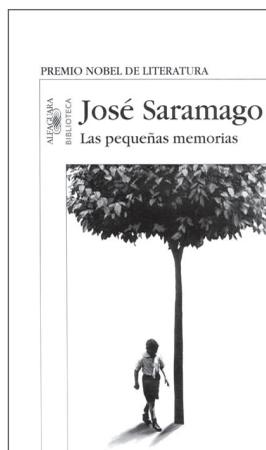
De Garmendia del Viento, el puerto donde empieza la historia, hasta los extremos del mundo, el amor, el desamor, la pasión, el cansancio, la expectativa, el olvido, son los elementos que acompañan el relato. El erotismo, delicadamente tratado, pero permanente y sostenido en casi todas las páginas, muestra la realidad de los seres humanos que pueblan esta historia fascinante, destinada a sacudir al lector, y a permanecer en su memoria.

UN NOBEL CON MAYÚSCULA “LAS PEQUEÑAS MEMORIAS”.

Alfaguara, 128 pgs.

El caso de Saramago amista a los lectores de todo el mundo con el controvertido Premio Nobel, que en muchas ocasiones se concede por asuntos totalmente ajenos a la calidad literaria. En su adjudicación intervienen intereses políticos, geográficos, históricos, la fuerza del lobby y otros yerbajos, que hacen que, como en el refrán archiconocido, no estén todos los que son ni son todos los que están. Pero en el caso de Saramago, la Academia acertó, al premiar a un escritor de tiempo completo, audaz, innovador, y en muchas ocasiones sorprendente. Obras como el ENSAYO SOBRE LA CEGUERA bastarían, por sí solas, para justificar cualquier premio.

Este portugués, nacido en Azinhaga en 1.922, va dejándole al mundo una buena cantidad de libros capitales: “Historia del cerco de Lisboa”,



“La balsa de piedra”, “Memorial del convento”, “Todos los nombres”, “La caverna”, “Ensayo sobre la lucidez”, son apenas unos cuantos de esos libros que se han convertido en patrimonio de la cultura contemporánea. Además, su estilo, original y extraño, ha ido reclutando adeptos e imitadores (acordémonos de “Delirios”, de Laura Restrepo). Y no teme decir su verdad, en obras como “El evangelio según Jesucristo”, que de milagro no

le ha traído a Saramago la excomunión de la Iglesia católica que anda otra vez, como en la Edad Media, condenando a diestra y siniestra. En esta novela, sale muy bien librada María Magdalena, y su relación con Jesucristo es realmente hermosa; al paso que la Virgen María sale tan mal tratada, que al terminar la lectura queda en el espíritu de muchos lectores un sedimento de tristeza y de inconformismo.

Pero de todas formas, Saramago es de los escritores que ocuparán un lugar trascendente en la historia de las letras de los siglos XX y XXI.

LA MEMORIA NUNCA ES PEQUEÑA

“Las pequeñas memorias” es la nueva salida editorial de José Saramago, publicada por Alfaguara. Y leyéndola, cualquier lector podría preguntarse: ¿es un relato, un cuento, una novela, un ensayo, un poema, o simplemente una confesión? Tal vez sea sólo lo que dice el título: una memoria, es decir, el proceso de darle formas a un recuerdo mediante el recurso de la palabra escrita.

Al final hay una serie de fotos que, en mi parecer, no le ayudan al libro. Tal vez los editores le prepararon a Saramago una especie de trampa, no para halagar su vanidad sino para convencerlo de que las fotos ayudarían a acercarlo a los lectores. Pero prescindiendo de ese apéndice, el libro se deja leer, y se lee

en un par de horas. Y sobrecoge el alma la sinceridad con que relata la miseria cotidiana, el hecho de cambiar de casa más de diez veces en diez años, ese andar a pié por los diversos caminos, el dormir en los pesebres, en los establos o en el cruce de los caminos, las madrugadas para ganarle al sol y poder conducir los cerdos hacia los mercados, la carencia de harina o de pan, la falta de un traje decente, lo cotidiano de una pobreza llevada con resignación y silencio.

Hay ocasionales pinceladas de ternura; pero por encima de todo hay una voz auténtica, que no pretende esconder nada, que todo lo muestra con naturalidad, que no escamotea uno solo de los hechos porque todos, unidos, van formando la vida. Sin duda es ahí, en la simpleza de estos recuerdos, donde reside su poder y su magia: nos asomamos en estas frases cortas y precisas hasta el alma de un niño, de un muchacho que no sabía entonces hasta dónde iría a llegar en el proceso de crear personajes, situaciones y mundos.

EL EXTERMINADOR

“ABADDÓN EL EXTERMINADOR”

Seix Barral, 490 pgs.

Ernesto Sabato (sin tilde, como aparece en todo el libro y en los comentarios que ha suscitado, y en los relatos de esta su novela más reciente donde el escritor es el protagonista), ha llegado a ocupar un sitio muy importante dentro de la narrativa latinoamericana contemporánea, y es considerado como un novelista mayor. Desde



1.948, fecha de la aparición de “El túnel”, hasta 1.974 (cuando se lanzó la primera edición de “Abaddón el exterminador”), su prestigio se afianzó; y se ha sostenido con libros de ensayos (El escritor y sus fantasmas; Apologías y rechazos; Antes del fin), que lo han mantenido vigente a través de los años. Sobre todo porque

una de sus obras más difundidas y más sobrecogedoras, la de “Héroes y tumbas”, lo ubicó desde 1.961 en un lugar excepcional de la novelística de lengua castellana, del cual la crítica no lo ha bajado, y posiblemente tampoco lo bajará la historia.

El caso de Sabato es curioso: sus libros son relativamente pocos (3 novelas), pero su influencia, ha sido de impacto, y sigue manteniéndose. Sin escándalos, a veces con largas pausas de silencio en las cuales, si él calla, sus libros hablan. Además, de alguna forma es la conciencia viva de Argentina, esa tierra que ha pasado por dictaduras, democracias, guerrillas, terrorismo, desapariciones, torturas, progreso, una guerra absurda montada por los generales para mantenerse en el poder, tangos, futbolistas, y ha sabido salir adelante de todo eso. Y desde 1.911, ahí sigue Sabato.

Ahora, he leído “Abaddón el exterminador”. Y decir que la he disfrutado, sería una mentira tan grande como decir que la he entendido fácilmente. Es un libro deliberadamente difícil, buscadamente oscuro, inestable, indefinible, que a veces tiene aciertos espeluznantes como las muchas páginas destinadas a relatar la tortura en la que el Gordo y sus secuaces son altamente expertos, o tiene apartes donde Sabato mete a sus personajes de otros libros, como El túnel, o Sobre héroes y tumbas, que no se sabe qué

hacen aquí pero que se pasean orondos y campantes por sus páginas.

“Grandiosa y exasperante”, dijeron los del Magazine Litteraire, de París. “Expresión alucinada, grave y fanática”, manifestaron en Bruselas los de La Libre Belgique. Y hay otras definiciones, o críticas, que están en el mismo tono: es una novela apabullante, que tal vez quienes no entendieron calificaron de grandiosa para salir del paso.

Ningún lector honesto puede negar la gran dificultad con que se enfrenta al leerla; la novela es, en sí, un desafío, sobre todo porque Sabato anda por todos sus “capítulos” como Pedro por su casa y por las casas de todos, y no sabemos en qué momento sale o entra en el relato. Pero hay, de repente, apartes de antología: sobre la vida, la muerte, la condición femenina, la ternura. Incluso esas páginas terribles donde los torturadores hacen de las suyas, tienen una calidad literaria tan grande, que estremecen, porque el lector acaba sintiéndose partícipe del martirio y sintiéndolo en su propia piel y en su propia alma.

Con toda su complejidad, no deja de ser una novela obligada para entender, no sólo a uno de nuestros mayores escritores, sino para acercarnos a la época de locura colectiva que está viviendo el mundo y quienes, por un tiempo presumiblemente no muy largo, seguimos andando sobre él.

LA NUEVA LITERATURA “OPEN THE WINDOW PARA QUE LA MOSCA FLY”

Ediciones B, 246 pgs.

Jaime Espinal es de esa inolvidable Medellín de los 80. Ganó el Premio Nacional de Novela de la Cámara de Comercio de Medellín, que le ha dado al idioma español obras muy importantes, con las cuales han hecho su ingreso definitivo a la bibliografía del país numerosos escritores que no han decepcionado a los lectores ni a la poquísima crítica respetuosa y seria que se hace entre nosotros. De la solapa de su libro ganador, extractamos: “Además de escritor, es actor y, aparte de escribir, administrar y enamorarse una vez por semana, lo demás es puro teatro”. También tomamos otras notas que lo describen: “Es centro delantero los lunes y los martes a las 10 de la noche. Lleva el pelo largo y se toma la sopa con cuchara”. Y también: “Es ambidiestro, fue scout por un día y todavía se arrepiente”. Y finalmente: “ha quedado de segundo y de tercero en algunos concursos con cuentitos tiernos”.

Ahí tenemos, pues, lo que llamaríamos un intento de biografía; que, por lo demás, guarda estrecha relación con este libro, extraño, irreverente, provocador, desde el título en adelante: “Open the window para que la mosca fly”, título que sin duda le sacudirá el hígado a los defensores a ultranza de nuestro idioma, aquellos que no permiten un solo extranjerismo.

¿Qué es esta novela que publica Ediciones B? En palabras de Gustavo Álvarez Gardeazábal, de



los grandes escritores colombianos, ahora (ojalá temporalmente) callado editorialmente, “es desconcertante. Yo diría que es atrevida. Claro, eso sí, advierto: que es muy difícil de leer para los tradicionalistas. Pero es absolutamente catapultante capítulo tras capítulo”.

Y Gustavo termina su nota con algo que ojalá sea una profecía, y que se cumpla: “La calidad con que está hecha me hace ver que estamos frente a un señor escritor”.

El libro es muy divertido. Entre sus cualidades indudables, está la de que no se puede hacer una síntesis, lo que en cine y televisión se llama una sinopsis, porque lo narrado en ella no es ordenable, no se puede resumir. El protagonista puede intentar convertirse en un superhéroe americano, o chatear interminablemente con una amiga, o despotricar de lo divino y lo humano (empezando por el país del Sagrado Corazón y por las mismas doctrinas de Jesucristo). Puede contarnos una historia novelada, a su manera, o realizar diversas “tomas” estilo cine sobre la cotidianidad de Medellín, o hablar de canciones, de lo que se le va pasando por la mente y lo que le va saliendo de los dedos al computador, y el lector sigue ahí, firme, entretenido, sorprendido de la “mamadera de gallo”, en palabras de Álvarez, sobre el idioma y sus implicaciones y los atropellos, que aquí llegan al máximo,

hasta convertirse en una expresión que podría o no ser arte, pero que en todos casos es puro

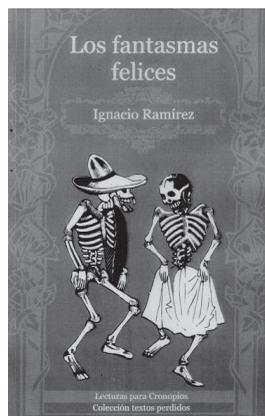
jolgorio, pura diversión. En síntesis: una novela que merece ser disfrutada.

SEÑORA LA MUERTE... “LOS FANTASMAS FELICES”.

Edit. Teresa Montealegre, 247 pgs.

Uno de mis primeros contactos con Ignacio Ramírez, tuvo lugar a través de uno de sus libros: “Ayulela”, que—desde su nombre en adelante—era una burla a todas las cosas seriamente establecidas en este mundo. Después, mucho después, nos encontramos en mi casa de París, porque mientras yo estaba amarrado a un cargo diplomático, él andaba suelto recorriendo Europa y entrevistando a los “hombres y mujeres de palabra”, es decir, a los que escribían o estaban escribiendo, y que, habiendo nacido en Colombia, estaban desperdigados por el mundo. Con Olga Cristina Turriago se quedaron unos pocos días en mi casa, y fuimos incluso a una de esas ferias de diversiones en la cual los dos resultaron dando vueltas en la montaña rusa, mientras yo los miraba aterrado y fuertemente agarrado a un escaño de cemento.

Hace años que Ignacio se burla de la muerte. No sólo en sus escritos y en su posición ideológica, sino en la realidad. La muerte no le ha dado el zarpazo definitivo tal vez porque también se divierte ante la irreverencia con que él la trata. Y en estos largos años de vida (¿o de agonía vital?), ha seguido escribiendo, y sobre todo, ayudando generosamente a todos los que



tienen algo que decir, a través de Cronopios, que es un milagro en el periodismo cultural del mundo de la tecnología. A Ignacio, en contra de su voluntad, se le han hecho homenajes internacionales, y él sigue firme, sacándole a los días que le da la vida (con el visto bueno de la muerte) el mejor partido. Sabe que nacemos aparentemente para vivir pero realmente para morir, y que lo que nos sostiene vivos es la incertidumbre de la muerte. El está condenado, como todos, pero al revés de la mayoría, hace años que está esperando turno como los condenados a la silla eléctrica en ese corredor sombrío al que se abren sus celdas. Y aunque a veces los dolores físicos casi lo doblegan, sigue viviendo y continúa riéndose de la muerte, que debe mirarlo como a un bicho raro.

Y ahora, acaba de publicar un libro tan extraño como todo lo suyo: “Los fantasmas felices”. Lo he leído dos y más veces, lo tengo subrayado por todas partes, lo he padecido y disfrutado en proporciones similares. Es una de esas obras que se dan muy de tarde en tarde, y que se salen de cualquier molde, no obedecen a ningún parámetro, se disfrutan como un oasis en ese inmenso desierto en que a veces se convierte la creación literaria.

El libro evoca a los que ya se fueron; a los que –como dirían en televisión- hicieron casting antes que nosotros; a los que nos están guardando el puesto en el otro lado. Y esa evocación de los que ahora son “fantasmas felices” se refiere, de repente, a sus seres queridos, o a sus amigos, o a sus colegas. Me estremeció el aparte de “El tren”, en el que evoca a su padre; el de la tía Felisa, el de Solita, su hermana, el del Tío de las Flores, el del Patriarca Wayuu. Son personas ligadas a sus más entrañables afectos, y la evocación que hace de ellas está infinitamente llena de una poesía sutil y luminosa. Y también se refiere a personas que conocimos, leímos y amamos, como el autor del Gran Putas, Zapata Olivilla; o como Gómez Valderrama, o Charry Lara,

o Cachifo, o tantos otros. Y evoca hechos increíbles y dolorosos, como el de que en el entierro de Rojas Herazo, ese grande de nuestras letras, sólo hubo 36 personas. Y hace memoria de Celia Cruz, del Cronopio mayor, Cortázar. Y hablando de la barbarie del secuestro, que se ha convertido en el distintivo de nuestra patria, escribe: “Y nada pasa, poeta: cinco mil colombianos encadenados al martirio escriben hoy (¿quién sabe dónde!) sus poemas, sus botellas de naufragos en el mar de los zarpazos, condenados a muerte en el monte de los olvidos”.

“Los fantasmas felices”, es un libro excepcional. De esos que sólo se dan cada muchísimos años. Y vale la pena meterse en sus páginas, como en un extenso bosque iluminado.

MUJER Y SELVA “RÁFAGAS DE SILENCIO”.

Editorial Códice, 242 pgs.

Gustavo Páez Escobar combinó sus labores de director de un banco (asuntos puramente financieros) con su vocación de escritor (asuntos de la creatividad y la imaginación). Lo conocí cuando RCN Televisión se interesó en su novela “Destinos cruzados”, que adapté, y con la que se hizo una telenovela de más de cien capítulos, en una época en que la televisión todavía tenía la capacidad de ser culta y difundir cultura, cosas que lamentablemente se perdieron. Otras novelas suyas son VENTISCA, ALBORADA EN PENUMBRA, LA NOCHE DE ZAMIRA; y también ha publicado cuentos y ensayos,



a más de una gran cantidad de artículos de periodismo cultural y especulativo.

Ahora, le entrega a los lectores de habla hispana su novela más reciente: “Ráfagas de silencio”. Es la historia de un pueblo medio perdido en la selva, Guaraná; pero en verdad, es la relación de una época de la vida y tragedia de este país, que hace décadas está

sumido en la más oscura violencia, de la que parece que no acabará de salir nunca.

Pero no se trata de una obra más sobre ese flagelo que todos padecemos. Hay en ella

personajes y situaciones que la individualizan y la destacan. Uno de sus grandes aciertos, es la creación de los seres humanos que la pueblan. Citemos a Vicente Lizcano, el narrador, un empleado bancario que registra de una manera fiel y estremecida los acontecimientos cotidianos; junto a él, se destaca la figura de Emilio Soto, médico, idealista, guerrillero espiritual y corporal, cuando la guerrilla era un movimiento ideológico de altura y no una cáfila de narcotraficantes y apátridas como en la actualidad. Emilio es un personaje inspirado claramente en el médico Tulio Bayer, que pertenece por derecho a la historia de Colombia, y cuyas huellas están todavía frescas en la memoria colectiva.

Y junto a ellos, Lorenzo Olivares, el comandante del puesto militar; y el alcalde, Gabino Sotomonte; y Magdalena Galarza, el director de la cárcel; y Fidolo Petri, el extranjero, contrabandista, bandido, narco, violador, matón, con quien ya acercándonos al final del libro los atropellados hacen justicia, en una de las páginas más sobrecogedoras de la novela.

Y los indios: Toronga, o el cacique Yuma, y sus hijas Anabel y Zulema, hijas de la selva,

DORA CASTELLANOS, Y SU VERDAD DE AMOR “ZODIACO DEL HOMBRE”

D'Vinni Editorial,, 80 pgs.

La poesía es la forma más hermosa de la utilización de la palabra. Esto lo pensé desde que, a mis quince años (1948) leí “Clamor”; y se confirmó años más tarde, al encontrar “Verdad de amor”.Y desde entonces, Dora

sensuales y profundas y misteriosas como la manigua, que llevan como una especie de aura el sexo y la muerte. Y la selva: barro de los caminos, flor de las enredaderas, ojos de las tinieblas. La selva que es uno de los protagonistas más atrayentes y mejor logrados del libro.

Y ese pueblo: Guaraná, donde hay barro que es como su distintivo, y del cual escribe el prologuista: “el barro del que estamos hechos, el barro que es carne de los desaparecidos y de los muertos, que es piel de la lujuria, hojas de la enorme podredumbre de los árboles fusilados por los que necesitan más tierra para sembrar más coca, barro que es llanto y semen y sangre y sudor, barro con el que ningún Dios sería capaz de hacer ningún hombre”.

“Ráfagas de silencio” es una novela muy bien escrita; una obra de madurez, de reflexión, de dominio del oficio de imaginar y escribir. Personajes, ambiente, historia. Todo está dado en ella para convertirla en uno de esos textos a los que siempre se ha de volver, para entender, así sea un poco, todo lo que le está pasando a esta Colombia que seguimos amando de una manera entrañable.

Castellanos sigue siendo una de mis autoras de cabecera, y ella continúa cultivando la magia de la poesía en todo su esplendor, sin robarle a la música de los vocablos uno solo de los días de su vida.-

En nuestro medio hay mucha gente que “hace versos”. Pero Poetas, así con mayúscula, hay muy pocos. Y Dora lo es desde el comienzo, y seguirá siéndolo hasta muchos lustros después de que se acabe la combustión física de esa lámpara de la vida que nos entregan al mismo tiempo con la oscura antorcha de la muerte.

El soneto es una de las más depuradas manifestaciones de la poesía; pero es, al mismo tiempo, la más exigente. Un soneto, o es perfecto, o no existe, y Dora Castellanos lo ha sabido desde siempre. Por eso sus sonetos son impecables, y hay en ellos esa abscóndita música que sólo se encuentra en el más absorto de los silencios, y en el fondo de las caracolas marinas.

Dora le ha cantado a la patria, a sus héroes, a sus paisajes, a sus orquídeas; y sobre todo, al amor y al hombre que lo inspira. Sus obras, muy numerosas, son patrimonio de nuestro idioma, y se pueden leer con el mismo estremecimiento emocional en cualquier parte del mundo.

Un crítico tan riguroso como Andrés Holguín, escribió: “La gracia poética y la visión trascendente se enlazan en una amalgama raras veces lograda en la lírica femenina de habla española”. Y Belisario Betancur, dijo: “Dora Castellanos es una de las más altas voces poéticas de nuestro tiempo”. Y en parecidos términos han escrito sobre Dora críticos y periodistas de todos los rincones donde el castellano es el idioma que ilumina las palabras.

Ahora, he releído uno de los poemas más hermosos de Dora Castellanos: “Zodiaco

del hombre”. De las estrofas que lo forman, sólo puede decirse que son absolutamente perfectas, no únicamente en la métrica, la rima y el ritmo, sino en el desbordamiento de las metáforas, en la claridad de las ideas, en esa manera de ver, analizar, y amar al hombre, que puede ser la contraparte de la mujer o su complemento. El hombre total, universal, múltiple, redención y pecado, cima y abismo, es el que llena estas páginas escritas con hondura de amor, con el deseo de que entre los dos, hombre y mujer, sigan ayudándole a Dios en la tarea cotidiana de acabar la creación del mundo.

Para ponerle punto final a este comentario, hago más las palabras con que lo definió el maestro Germán Arciniegas: “Casi se diría que este gran poema causa espanto, si se tiene en cuenta que los dos sexos se han partido en bello y feo, como mandan los cánones; y entre uno y otro se ha puesto, al lado del amor, el pecado.... Rompió la mujer no hace mucho una larga época de inhibiciones y convencionalismos, y su grito de independencia, ardiente y atrevido, dio a los poemas correspondientes al día en que se rompió el dique, empuje salvaje”.

Es una satisfacción espiritual leer “Zodiaco del hombre”. Alta, prodigiosa, inolvidable poesía. El hombre íntegro, el hombre verdadero, debe sentirse orgulloso de ser la materia prima de este trabajo de Dora Castellanos. Que sigue siendo una escritora no sólo de toda esta América, sino de todos los lugares donde el amor haga presencia, y donde existan la nostalgia, la melancolía, la tragedia y la felicidad.

LA VIDA, EL AMOR Y LA MUERTE “TODOS LOS RÍOS SON EL MISMO MAR”,

NOVELA de Fernando Soto Aparicio.
Editorial La Serpiente Emplumada, 225 pgs.

Por BENHUR SÁNCHEZ SUÁREZ,
escritor colombiano.

Si pudiera decir que una novela es bella, lo diría de esta última creación de Fernando Soto Aparicio. Bella porque es un canto a la vida y al amor, aunque esté impregnada por la tragedia y por la muerte.

Sorprendido me adentré en sus páginas, y si alguna vez deseé encontrar en una obra, de manera evidente, la maestría de narrar, ha sido en ésta cuyo lenguaje atrapa desde el primer instante y cada personaje se dibuja con sus rasgos definitivos, página a página, como un descubrimiento.

“Todos los ríos son el mismo mar” es una novela que deja al descubierto el encuentro inevitable de dos mundos, la manera como irrumpen la sociedad moderna sobre la colonial regida por el anquilosamiento intelectual, particularmente por culpa del fanatismo religioso y político. Esta evidencia la ubica en la más palpitante actualidad porque en Colombia subsisten, como una marca, las más modernas estructuras tecnológicas, las conductas posmodernas, con lo más atrasado y primitivo de la humanidad. No sería así si no murieran familias enteras en el Chocó, en la más aberrante miseria, mientras un magnate controla sus empresas desde el computador de su oficina o de su casa, o si la sociedad no tolerara cómplice la pederastia de la jerarquía eclesiástica o se le negara al hombre

la posibilidad de una muerte digna con la negación de la eutanasia como estrategia de decoro y de liberación.

Este mundo anquilosado está representado en la novela por Dolores Cruz, esposa de Alejandro, el cirujano plástico, frente a la mente abierta y progresista de Zahara, médica también y amante de Alejandro. Esta trilogía se da, como en la vida, cuando a las esperanzas y a los sueños los consume la rutina, el resentimiento, las normas de conducta de la sociedad, y de pronto hay un asomo de luz cuando una nueva relación enciende de nuevo la llama del amor y la pasión. Nada vuelve a ser como antes.

Así que esta novela de Fernando Soto Aparicio es una novela de amor. Con un entramado familiar, social y político con el cual se identifica con facilidad cualquiera que se acerque a sus páginas. El lector descubre que le están narrando su mundo con la historia del amor otoñal de un médico. Un amor vivificante, de renacimiento, que se frustra con la muerte de Alejandro.

La novela se estructura a través de los monólogos de los tres protagonistas principales: Alejandro Garcés, el cirujano plástico; Zahara Alcázar, la médica joven y exitosa; y Jesús Cruz, el cura renegado, hijo del médico pero con el apellido

de su madre. Son sesenta y tres apartes, a manera de capítulos, cada uno con un título que desnuda su contenido desde un enunciado eminentemente poético.

Alejandro habla y reflexiona desde el territorio que está en el otro nivel de la vida: “No sé si soy materia, idea, reflejo, soledad. Tal vez una nube en el centro de una fuente, sin ser el agua ni la nube. Quizás una quena principiando un yaraví, sin ser viento ni canto. O un amanecer perdido en la mitad de la noche, sin entender la luz ni las tinieblas. ¿Una flor, la arista de una roca, el gemido del huracán o el grito sordo de un hombre que para todo y para todos, y también para él mismo, no pasa de ser un desconocido?”

Zahara, por su parte, interviene en el recuerdo, a través del cual reconstruye su corto aunque intenso romance, y resalta con afecto la presencia de su padre Miguel Alcázar y de su hermano Darío, arquitecto. A través de su evocación conocemos el centro principal de la historia, el núcleo que desencadena los acontecimientos:

“Me senté en la última banca de la capilla, soporté la misa, oí los cantos de los curas encabezados por monseñor Rubiales, y miré con un rencor terrible la caja oscura donde te habían metido. Tu mujer actuaba como la gran oficiante de la pantomima, la dueña de tu muerte iba de un lado a otro recibiendo abrazos y consuelos y pésames, levantaba la tapa del cajón y te miraba a través del vidrio, componía las flores de las numerosas coronas, era el centro de la atención general y no lloraba quizás porque consideraba que llorar frente a las determinaciones de ese Dios en el que creía podría tomarse como una manifestación de inconformismo. Y el que sí me partió el alma

fue tu hijo, tan joven y metido en una sotana tan caduca, los ojos secos y la cara pálida, sin un movimiento ni una queja pero agobiado por un dolor inmenso”.

Jesús habla con la fuerza de la nostalgia, el remordimiento, el análisis y los sueños hasta descubrirse hombre como todos, enfrentado a la renuncia y al renacimiento. En su lucha interior se refleja el conflicto entre las religiones, el contraste entre la espiritualidad y el burdo materialismo de las iglesias que andan por el mundo cerrándole la puerta al humanismo y al amor con las amenazas, los castigos y las prohibiciones: “Mi madre, monseñor Rubiales y los millones de entes que se les parecen consideran que todas las mujeres, por lujuriosas, son un peligro para la salvación del alma y que sólo pueden ser ubicadas adecuadamente en el infierno; y finalmente, que los hombres son seres bien intencionados y limpios, a quienes las hembras arrastran a cometer los que siguen llamando pecados de la carne. En esta apreciación coinciden con las enseñanzas que recibí de niño en el colegio de los curas, a dos de los cuales les gustábamos los chicos no mayores de siete años y no tenían empacho en meternos mano en los recreos, durante la hora santa o por debajo de las mesas del comedor, y además andaban por los dormitorios en las llamadas jornadas pastorales o sesiones de civismo católico y husmeaban bajo las cobijas y entren la ropa usada y también se colaban en las duchas comunitarias para recrearse con la vista de esos cuerpos desnudos, indefinidos todavía, escuálidos, como malignos cazadores armados de fusiles y escopetas para matar libélulas y mariposas”.

Los protagonistas intervienen en forma alternativa y así van fluyendo sus vidas, cada

una como un río que será el mismo al final de la historia. En sus voces, recuerdos y disquisiciones se descubren las contrapartes, los contrarios, como Dolores, esposa de Alejandro, o monseñor Rubiales, el obispo, que son los verdugos y representan el lado oscuro de la sociedad. Son el símbolo de la terquedad frustrante del fanatismo. También el mundo inocente de María, la nana de Jesús, y el mundo de Miguel y Darío Alcázar, la familia de Zahara, siempre comprensivo y solidario.

Debo destacar dos cualidades principales en esta novela de Fernando Soto Aparicio: en primer término el manejo del lenguaje porque es contundente la manera como se articula el lenguaje erudito con el lenguaje común, impulsado por el aliento poético, y que por la destreza de su autor nos adentra en la psiquis de los protagonistas, así como acomete la descripción sucinta de los escenarios de la

ciudad, del campo, de la finca y de la ruta seguida por cada uno de los personajes. Y en segundo lugar la sabiduría en el manejo de los temas que definen la conducta y la vida de sus personajes, porque cada uno de ellos actúa con base en su formación y su nivel cultural de una manera natural, lo cual enaltece la verosimilitud de la historia y los conocimientos que maneja el autor para hacer de cada profesión y de cada acto sencillo de la vida la respuesta común y corriente al reto de vivir en una sociedad conflictiva e impredecible como la nuestra.

Una novela digna de leerse, para gozar de la buena literatura. Digna del encuentro de nuestras identificaciones con un mundo que es nuestro y no lo es, al mismo tiempo, por la magia de la literatura. Es una novela de la madurez y, al mismo tiempo, una novela fresca por el lenguaje y la pasión con que los personajes nos desnudan sus derrotas y sus triunfos.